1405

MANUEL LINARES RIVAS

EL BUEN DEMONIO

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

Copyright, by Manuel Linares Rivas, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

8

EL BUEN DEMONIO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL BUEN DEMONIO

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO LARA el 20 de Enero de 1911

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1911

Para mi sobrina Gloria, en prueba de cariño y en prenda de leal afecto.

Manolo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA (30 años).....	Sra. Ruiz.
DOÑA TULA (40 íd.).....	Srta. Alba (L.)
AURORA (30 íd.).....	Sra. Ortíz (C.)
JUANITA (30 íd.).....	Srta. Rosala.
ROSA (20 íd.).....	Secó.
JOAQUÍN (35 íd.).....	Sr. Puga.
DON FAUSTINO (46 íd.).....	Simó-Raso.
DON REVERENCIAS (50 íd.).....	Mora.
LANZADEIRA (40 íd.).....	Romea.
FEDERICO (30 íd.).....	Barraycoa.

La acción en Madrid.—Época actual; en Septiembre

Derecha é izquierda, las del actor

Las señoras vestirán trajes de calle, sin sombrero.

Los hombres de levita, menos D. Faustino, que llevará frac, y Joaquín y Federico de smokin.

ACTO PRIMERO

Una salita bien puesta y alegre. Al foro, saliente, un gran cierre de cristales, que da sobre el jardín. Al foro, derecha, una puerta de bajada al jardín. Puerta lateral derecha y dos á izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

La escena un momento desierta. Después, por izquierda, ROSA, que cruza hasta la puerta derecha, retrocediendo para dejar que entre FEDERICO

ROSA — Pase, pase, don Federico.

FED. — (Tocándole la cara.) Buenas noches, Rosita.

ROSA — (Dándole un manotazo.) ¡Estese quieto!

FED. — ¿Ya...? Eso no está bien: no se debe sospechar tan pronto que hay malicia en un saludo.

ROSA — ¡Como siempre hace usted lo mismo!

FED. — ¿Lo ves...? ¿Qué picardía puede existir en lo que se hace siempre? Ninguna.

ROSA — Bueno, bueno: haga usted el favor de saludar de otro modo.

FED. — Serás complacida, pero no te quejes si empeoro.

ROSA — (Seria.) ¡Vaya...!

669603

FED. ¿Ha venido alguien?

ROSA Nadie todavía.

FED. Lo siento. Mi ideal es llegar el segundo.

ROSA No empiece á disparatar.

FED. Hace años tuve una novia que se llamaba Filomena; no, Matilde; no, Laura...

ROSA Lo mismo da.

FED. Daban lo mismo, sí. El caso es que tuve una novia... y me dijo: «Tú eres mi primer amor, Federico. ¡figúrate si te querré...!» Figúrate si á mí me gustaría eso. Bien, pues al poco tiempo de romper nuestras purísimas relaciones supe que efectivamente había sido yo el primer novio.. ¡pero el primer novio tonto!

ROSA ¡Válgame Dios...!

FED. *Alguna vez la encuentro por el mundo—y pasa junto á mí—y pasa sonriéndose... y yo digo:* ¡tienes muchísima razón, hija!

ROSA (Marchándose.) Con su permiso.

FED. Un momento. Hoy estás monísima, Rosita.

ROSA (Riendo.) Milagro...

FED. Lo eres continuamente, ya lo sé, pero todos tenemos unos días mejores que otros, y tú tienes algunas noches mejores que muchos días.

ROSA Será la luz...

FED. Es posible, aunque sin luz yo no te he visto nunca. ¡Ay, Rosita, si no fuera esta pasión que me consume...!

ROSA ¿Por la señorita Gloria...?

FED. Esa es otra pasión. No puedo revelarte el nombre, pero tú lo sabrás: no sé qué tienen los secretos que los sabe en seguida todo el mundo.

ROSA Con su permiso...

FED. No te marches..

ROSA Van á reñirme por culpa de usted.

FED. Ojalá, Rosita, ojalá.

ROSA Vaya, vaya... (Mutis por derecha.)

FED. Para las señoras es un peligro muy grande esto de tener criadas guapas: entrenan demasiado á las visitas.

ESCENA II

FEDERICO, DOÑA TULA por derecha

TULA ¿Qué hace usted solo aquí, Federico?

FED. Nada, señora. Generalmente yo no hago nada solo,.. porque...

TULA ¡Basta!

FED. ¿Sí...?

TULA Tengo la dssgracia de comprender á media palabra.

FED. En eso, los dos somos igualmente desgraciados.

TULA ¿Habrá usted sufrido mucho...?

FED. (Cómico.) ¡Oh...!

TULA Para quien tenga corazón la vida es horrible.

FED. Tremenda. Yo estuve en amores con una muchacha que se llamaba Isabel: no, María; no, Petra...

TULA ¡No diga usted más, Federico!

FED. ¿No...?

TULA ¡He comprendido ya! El amor de usted; la traición de ella; el dolor de usted; la burla de ella; el odio de usted; la...

FED. Y así sucesivamente, sí, señora.

TULA (Dándole la mano.) ¡Pobre amigo mío... pobre Federico! ¡Lo que usted habrá pasado...!

FED. ¿Con ella?

TULA No, sin ella.

FED. También. Horrores, doña Tula, horrores.

TULA No hay más que calamidades. Ahora vengo de casa de Asunción Rosales, una mujer tan buena, tan dichosa... que parecía tan dichosa, pues angustiadísima la dejo. Se le murió la pobre Fifí esta madrugada!

FED. ¿Fifí...?

TULA La perrita.

FED. ¡Qué dolor de perra! ¿Y cuál, cuál era? Porque tenía varias.

TULA La mayor.

FED. Dispense usted que insista en averiguar, pero lo inesperado de la noticia me trastorna y armo un poco de lío entre las perras de doña Asunción y otras perras de mi amistad. ¿La mayor...?

TULA Inglesa, con el hociquito blanco...

FED. ¿Una que mordía...?

TULA ¡No, no!

FED. Es lástima que no haya sido esa. Pero ya no hay remedio, doña Tula; deplorémoslo y que... y que... ¿cómo se dirá la última lamentación á un perro sin que resulte depresiva para los hombres...? Que en paz descanse no me parece oportuno...

TULA ¡No!... Diga usted... ¡pobre animal!

FED. Eso tampoco: se presta á confusiones. Antes ha dicho usted: ¡pobre Federico...! y suena muy parecido.

TULA No se compare usted...

FED. No, señora, no.

ESCENA III

DICHOS, DON REVERENCIAS por derecha

REV. (Haciéndolas.) Doña Tula...

TULA Amigo mío...

FED. Hola, don Reverencias. Otro de los hombres que más han sufrido en este mundo... para cobrar sus créditos. Cada vez que pone una demanda contra algún deudor creo que es una amargura...

REV. Agradable no es, y tampoco lo voy á perder.

FED. No. Y ahora las Cortes, con esa ley de usura, le causaron un nuevo dolor: obligan á poner el doce por ciento de interés.

REV. (Triste.) El doce...

FED. Y es lo que dice don Reverencias, demostrando sus filantrópicos sentimientos: á esos infelices que acuden á nosotros...—á ellos, ¿eh?—en un momento de apuro y de miseria, ¿para qué imponerles el doce más?

¿No les bastaba con el sesenta que les cobramos?

TULA ¿El doce será el máximum que señale la ley...?

FED. Y estos lo cumplen añadiéndolo á los sesenta: total setenta y dos... y alguna pequeñez.

REV. Don Federiquito se complace en estas inexactitudes, que yo le tolero porque me consta que no hay ánimo de molestar.

TULA ¿Quién lo duda?

FED. ¡Alto, alto! Usted perdonará mis palabras, pero maldito si perdonó un céntimo cuando tuve que liquidar aquel pico... de Tenerife, que aun le llevo clavado en el alma.

REV. El dinero no era mío...

FED. Conozco la canción.

REV. Y sobre todo, joven, hágame usted el favor de fijarse en que yo lo cobré una vez y usted lo dice quinientas.

FED. Y las que faltan. Esa es mi venganza, don Reverencias, y le perseguirá á usted hasta la tumba, por lo menos.

REV. (Sonriendo forzosamente: á Tula.) Que bromista es...

TULA No diga usted más... Comprendo á media palabra.

REV. ¡Y éste que las dice enteras!

FED. Y ya tengo redactado el epitafio de usted... ¡Aquí yace don Reverencias: dejó de prestar el día tantos de tantos... que Dios le haya liquidado!

REV. (Tragando quina.) Qué bromista es...

FED. (Dándole una palmada.) Aparte de esto, le estimo á usted mucho.

REV. Y yo le correspondo á usted, joven, también aparte (A Tula.) pero como vuelva á caer en mis manos...

TULA Comprendo, comprendo...

FED. Que en lo restante es usted una buena persona.

REV. (A Tula.) También él. No tiene otro vicio que el de pedir dinero: los demás los sostiene él mismo.

TULA Bueno es siquiera. Y aun ha de heredar á sus padres...

REV. No, señora: les heredaremos nosotros. Es decir, yo, una insignificancia.

ESCENA IV

DICHOS y GLORIA por izquierda

GLOR. (Saludando.) ¿Por qué no pasaban ustedes...? Nadie avisó.

FED. Nos entretuvo don Reverencias, que dice cosas muy razonables.

REV. No las digo, ya lo sé; pero á veces tampoco las oigo.

TULA (A Gloria) No quise entrar porque estaba solo Federico y no me satisface que le escuches. Es tan desvergonzado...

GLOR. También las suelta habiendo gente...

TULA Sí, pero entre muchos, toca á muy poca vergüenza para cada uno.

GLOR. Claro está que le prefiriría más comedido, pero en una tertulia, como la mía, de una docena de personas, ha de tenerse cierta libertad, porque sino es muy seria de más. Y á mí no me desagrada un poquito de sal en la conversación.

TULA ¡Pero eso de volcar el salero, como Federico...!

GLOR. En algunas, todo se reduce á no entenderlas.

TULA Estás muy desamparada, Gloria; debías casarte.

GLOR. (Riendo.) ¿Yo...? ¿Volver á casarme...?

FED. (Acercándose.) ¡Nunca! A no ser conmigo... y tampoco se lo aconsejo á usted.

REV. A usted le convendría una persona formal, seria...

FED. Al setenta y dos por ciento: yo le buscaré á usted uno así.

GLOR. La más indicada para casarse eres tú.

TULA (Avergonzada.) ¿Yo...?

FED. (A Reverencias.) Hace ya tiempo que está con esa indicación.

TULA Te lo digo lealmente: en tu situación y en tus circunstancias, joven, rica, viuda, sin parientes...

GLOR. Sin nadie.

TULA Debías contraer segundas nupcias.

FED. Ahora se llama reestreno.

GLOR. (Riñéndole afectuosa.) ¡Federico...! No pienso en ello ni lo rechazo en absoluto. El tiempo dirá lo que ha de ser.

FED. Hay esperanzas, don Reverencias.

REV. Cuídese usted de lo suyo, joven, y deje tranquilo á los demás.

FED. Lo de los demás también es de usted... y no se incomode usted conmigo cuando se lo recuerdo, porque sería una ingratitud.

REV. (Incomodado.) Bueno.

FED. (Acercándosele como si fuera á hablar en voz baja, pero diciéndoselo en alta voz.) Lo digo por lo de mis cuatro pagarés.

REV. ¡Bueno, bueno!

FED. Hasta la tumba, don Reverencias.

REV. Yo lo cobré, pero yo lo pago. Si este joven amaneciera un día en las Indias... ó envenenado .. ó cualquier otro sucedido de esta índole... ¡qué descanso tan grande para mí.

FED. Deseche usted esas dulces ilusiones: seré yo el que acabe con usted.

GLOR. (Sonriéndole.) ¡Vamos, Federico, vamos!...

TULA Comprendo la situación de usted, amigo mío.

REV. Pero yo no mejoro nada conque usted la comprenda.

GLOR. (A Federico.) Venga usted aquí: á mi lado.

FED. Toda la vida. Y si no fuera por la otra pasión...

GLOR. ¿Quién es?

FED. Secreto impenetrable.

GLOR. ¿Cómo es?

FED. ¿Por dónde empiezo?

GLOR. (Riendo.) Usted sabrá... (Dándole la mano.) Lo esencial es que esa otra pasión aleja la nuestra y nos permite ser muy buenos amigos.

FED. (Reteniendo la mano de Gloria.) Muy verdadero y muy leal.

GLOR. Ya lo sé.

FED. Pues no hay más que ponerlo á prueba.

ESCENA V

DICHOS; JOAQUÍN por la derecha

JOA. (Que se detuvo al verlos cuchichando y cogidos de la mano: muy fosco.) Buenas noches.

GLOR. (Afectuosa.) ¿Qué tal, Joaquín?

JOA. (Secamente.) Bien.

GLOR. ¿Venimos de mal humor?

JOA. No. (Se aleja para saludar á Tula.)

FED. (Aparte á Gloria.) Si acaso demostrara celos de mí, no los disipe usted demasiado pronto: que se lo crea un ratito y eso me dará importancia.

GLOR. No hay nada entre él y yo.

FED. ¿Se acabó?... ¿Sí?... Lástima, porque la quiere á usted mucho y es muy buen chico...

GLOR. Sí, sí. Todo eso y más. Pero Joaquín es de los que no saben reir ni se explican la risa de los demás. Tiene un carácter muy arrebatado, y se hace infeliz y hará infeliz á quien viva con él.

FED. En la Universidad le arreó de bofetadas á un condiscípulo porque sacaba consecuencias poco limpias de que Isabel la Católica no llevara más que una camisa en su equipaje.

GLOR. Riñe con todos y por todo. Cuando está aquí tiemblo.

FED. Y me contaron que después estuvo un poco de tiempo resentido con ella.

GLOR. ¿Con quién?

FED. Con Isabel... porque no le puso una tarjeta agradeciéndole la defensa.

GLOR. ¡Quite de ahí... quite de ahí!...

TULA (Alzando la voz para generalizar la conversación.) Joaquín está enterado de lo que ocurrió con la Luisa Valén.

GLOR. ¿Quién es Luisa Valén?...

FED. Una señora que tiene un apellido histórico.

GLOR. ¿Histórico?... ¿Muy antiguo?

FED. No; muy moderno. La historia empieza en ella con sus historias.

GLOR. Calle...

FED. Es la hermana de la condesa de Tier, aquella rubia pequeñita, delgaducha, que tiene tres hijos de dos maridos... no... dos hijos de tres maridos... ¡tampoco! una cosa de esas descabaladas...

GLOR. ¡Calle, calle! ¿Qué decía usted, Joaquín?

JOA. Quizás no le interese... Es un rasgo de corazón.

GLOR. ¿Por no comprenderlo?

JOA. Sencillamente por no interesarle, interrumpiendo conversaciones más gratas.

FED. (Aparte á Gloria.) ¡Celoso de mí! He crecido una cuarta... á mis propios ojos. Sentiré que los demás no me vean con la nueva estatura.

GLOR. (A Federico, riendo,) Calle, hombre. Cuente usted, Joaquín...

JOA. De la Luisa Valén, que es una mujer encantadora...

REV. Porque se pinta..

FED. Pues píntese usted...

GLOR. Federico...

JOA. Estaba muy enamorado Antoñito Lezono, pero ella le rechazó siempre y no le valieron ruegos, ni constancias, ni nada. Así pasaron dos años: él adorando y ella esquiva.

TULA (A Reverencias.) No lo comprendo, amigo mío, no lo comprendo.

JOA. Un día, hace muy pocos, en una de esas borracheras de juego, tuvo la fatalidad de perder catorce mil pesetas. No podía pagarlas en el plazo angustioso de esa clase de deudas y el hombre estaba ya dispuesto á pagar con su vida.

REV. (A Tula.) ¡Una estafa!...

JOA. No sé cómo lo supo la Luisa Valén; llevó á no sé donde algunas de sus alhajas y luego fué en persona á rogarle que aceptara aquel préstamo.

TULA ¡Qué hermoso! ¡Ahora sí que lo comprendo!

FED. Hermosísimo. (A Joaquín.) Deme usted las señas...

GLOR. Es un arranque admirable. Fué á salvarle á él... y de paso á perderse ella.

JOA. ¿Verdad que eso lo harían muy pocas?

GLOR. Pocas. Mandar el dinero, tal vez: llevarlo, no.

JOA. Se necesita mucha alma, mucha abnegación y mucho amor.

FED. Y poca aprensión.

JOA. Al contrario. Y no habrá quien diga que esa dama no es merecedora de todos los respetos...

FED. (A Gloria.) Ya estamos en la cuestión personal...

REV. Diga usted, Joaquín, ¿sabe usted, por casualidad, á qué interés le facilitó ese dinero?

JOA. ¡Hombre, don Reverencias!...

REV. Podía ser muy módico...

JOA. Podía, sí...

TULA (A Joaquín.) ¿Empezamos nuestro *bridge?*... (A Reverencias.) Venga, amigo mío, venga.

(Mutis por la primera izquierda Tula, Reverencias y Joaquín.)

FED. Pues yo he encontrado muy tierna esa historia de la Valén y de Antoñito Lezono. Si estuviera en mi mano, yo haría la felicidad de los dos.

GLOR. ¡Que es casada!

FED. Bueno. Pues de los tres.

GLOR. ¡Federico!

FED. La verdadera bondad no se retrae porque alcance á uno más.

GLOR. (Riendo.) Que reñiremos...

FED. Cuando usted quiera.

ESCENA VI

GLORIA y FEDERICO; AURORA por la derecha

GLOR. Aurorita... ¿y tu hermano?

AUR. Que le disculpe: hoy no puede acompañarme. Tiene que ir á La Peña... él dice qué á la

Peña, en donde está citado con un amigo... él dice que con un amigo... y luego vendrá á recogerme. Ya verás cómo no viene.

GLOR. No seas mal pensada.

FED. Y no acertarás. Oiga usted, Gloria, aunque descartemos á Joaquín, supongo que no se le ocurrirá á usted admitir á mi enemigo mortal, á ese rapavelas de don Reverencias?

GLOR. (Riendo.) ¿Está usted en su juicio?

FED. Respiro.

GLOR. Para ese ya tiene señalado el destino su rumbo de amores con la doméstica, una ilustre fregona.

AUR. Puede ser.

GLOR. De fijo. Los solterones y las gallinas acaban siempre á manos de las criadas.

FED. Una muerte como otra cualquiera.

GLOR. Don Reverencias es amigo mío, sí, pero es una amistad algo á distancia. No acaba de inspirarme completa simpatía esta clase de hombres que andan siempre con los ojos puestos en Dios... y las manos en donde caigan.

FED. ¡Olé! Le daba á usted ahora mismo un abrazo si no fuera por cinco ó seis razones, todas de usted y ninguna mía.

GLOR. ¿Y á ti cómo te ha ido desde el otro sábado?

AUR. Perfectamente.

GLOR. ¿Y tu adorador?

AUR. ¿Quién?... ¿Lanzadeira?... Eso es un desatino.

GLOR. Ya, ya.

AUR. Pero confieso que me entretiene cuando se incomoda: cuando se pone amoroso, no.

FED. Es el hombre que dice las mayores heregías con la mayor frescura imaginable.

GLOR. Si las hiciera sería un monstruo: como no hace más que decirlas, se ve que es un desgraciado.

AUR. Ahora lleva unos días enojadísimo y hay que temblar... Mañana vamos á comer de campo: le diré que venga con nosotros.

GLOR. Ojo con esas bromas.

AUR. (Riendo.) ¿Lanzadeira?... ¡Bah, bah!

FED. Cuidado, Aurorita, que con motivos pequeños se llega á resultados muy grandes. Una conocida mía no quiso recibir jamás en su casa á otro conocido mío: por fin una vez entró, en el día del santo de ella para ofrecerla un reloj monísimo, que no era nada más que una atención. Bueno, pues ahora va todos los días para darle cuerda.

AUR. Lanzadeira es inofensivo.

GLOR. Cuidado.

AUR. No hay peligro.

ESCENA VII

DICHOS y ROSA, por la derecha

ROSA Señorita, ahí está el demonio con su señora.

GLOR. (Riñendo.) ¿No sabes el nombre de ese caballero?

ROSA Don Faustino...

GLOR. ¡Pues que no vuelva á ocurrir!... Diles que pasen.

(Mutis Rosa por la derecha.)

AUR. Es el padrino de Joaquín. Me parece que están reñidos...

GLOR. Joaquín, sí. Don Faustino, no: le quiere entrañablemente.

FED. ¿Y viene por casualidad para hacer las paces?...

GLOR. No: viene para conocerme.

AUR. ¿No erais amigos ya?

GLOR. Eso mismo me dijo él, pidiéndome permiso para jugar aquí al *bridge*: «Ya que somos amigos, tendría mucho gusto en conocerla á usted...»

AUR. ¿Es muy bueno, verdad?

GLOR. Muchísimo. Encantador é indulgente...

AUR. ¿Casado?

GLOR. Sí, pero la indulgencia no tiene que ver con eso.

AUR. Ahí están.

(Gloria adelanta á recibirlos.)

ESCENA VIII

DICHOS, JUANITA y FAUSTINO por la derecha

GLOR. Es usted muy amable al cumplir su promesa... (Presentando.) La señorita Aruel... Federico Mon... Los señores de Díaz Puente.

FAUS. (Que en los rasgos de la cabeza y cara recuerda el tipo clásico del demonio; correcto en traje y maneras.) A ver si hace usted una buena jugadora de mi mujer.

GLOR. Seguramente.

JUA. Afición sí tengo.

GLOR. Pues con eso basta.

FED. (A Aurora.) ¿Qué le parece?

AUR. Realmente es un feo el que nos dan...

FAUS. (Que lo oye; volviéndose hacia Aurora, sonriente.) Sí señora... pero discúlpeme usted; no he podido elegir.

AUR. No lo dije por usted, ¡no!

FAUS. ¿Qué importaría...? Mi fealdad... y la hermosura de usted no son secretos: si acaso, exageraciones.

FED. (A Aurora.) Que es usted más guapa aún de lo que se figura.

GLOR. (A Faustino.) Perdónela... es una alocada, pero muy buena en el fondo.

FAUS. Cuarenta y seis años tengo: calcule usted el número de veces que habré oído esto mismo. No tiene importancia... ¡Joaquín!

ESCENA IX

DICHOS; JOAQUÍN por derecha

JOA. Don Faustino...

FAUS. No seas huraño. Ven. (Le abraza.)

JOA. (Después de haberse dejado abrazar.) ¿Cómo está usted, Juanita...?

FAUS. Desde pequeño le conozco y le quiero. Es un rabiosillo...

GLOR. De más.

FAUS. Pero si usted supiera lo honrado y lo bueno que es...

GLOR. Para usted lo son todos. No creo que haya por la tierra mejor carácter que el de usted.

FAUS. Poco mérito es: soy tan feliz...

FED. (Riendo.) ¿Feliz...?

FAUS. Sí.

JOA. (Airado.) ¿Por qué le extraña á usted...?

GLOR. (A Faustino.) ¿Ve usted qué genio...? Hasta cuando no va con él, brinca y se enfada.

FAUS. Defender á otro, es genio, sí, pero también es bondad. Perdonémosle el que no haya aprendido aún á ser egoísta.

JOA. (A Federico.) ¡Y yo no tolero á usted que en mi presencia...!

FAUS. (Tocando en el hombro á Joaquín; sonriente siempre.) ¿Por qué te incomodas...?

JOA. Me pareció que echaba á broma lo que usted dijo.

FAUS. Quizás; pero una broma merece otra broma, no una pelea.

JOA. (Enojado.) Está bien: dispense usted, Federico.

GLOR. Ahora se enojó con usted.

FAUS. Pues yo le pediré perdón.

GLOR. ¿Usted á él...?

FAUS. Naturalmente. El más sereno al más airado, el que tenga razón á quien no la tenga, y así es muy fácil llegar á tener razón los dos.

GLOR. Le admiro á usted, don Faustino...

FAUS. Y sólo de esa manera me corresponde usted.

GLOR. Es usted muy bondadoso...

FAUS. ¿Y por qué no he de serlo...? Fuerte, sano, con dinero y con una suerte loca... tanta suerte, que hasta amor tengo... ¿Por qué voy á encontrar perverso el mundo...? Lo difícil es que sea bondadoso el pobre, el que sufre, el amargado... pero, ¿yo?... pero... ¿nosotros...?

GLOR. Ya hemos quedado en que para usted todos son buenos.

FAUS. No, señora, no hemos quedado en eso, porque yo no he creído nunca que haya hombres buenos y hombres malos.

GLOR. Pues los hay.

FAUS. (Sonriente.) No... Hay hombres con fortuna, sanos de cuerpo y de espíritu, y á quienes la vida concede pródigamente sus favores: y hay hombres sin fortuna, agriados por las decepciones y los fracasos, enfermos... Eso, y nada más que eso, es lo que verdaderamente hay en el mundo. Unos son buenos... ¿para qué han de ser malos...? y otros son malos... ¿cómo han de ser buenos...?

AUR. También hay mujeres...

FAUS. También, pero no las contaba porque las mujeres todas son buenas, incluso las malas, que la única diferencia entre una mujer de bien y una que no lo sea, no está en la mujer: está en los hombres que ha encontrado por el camino de su vida.

GLOR. Quizás...

FAUS. Y ni siquiera basta un hombre malo para hacer mala á una mujer; uno, solo, la hace desgraciada. Pero cuando son varios malvados los que tuvo la desdicha de encontrar...

GLOR. Entonces da maldades.

FAUS. Sí... pero aun entonces no las da; las devuelve.

AUR. Qué gran amparador tenemos en usted...

FAUS. Y la prueba de lo buenas que son, aun después de haberlas hecho malas, está en que la mujer de mayor experiencia, la de mayores desengaños, la más burlada y la más burladora, oye una palabra de amor, qu le parece sincera, y olvidándose de su fatal sabiduría se pone de nuevo á querer con la misma unción que en la hora de morir se pondrá á rezar...

JOA. Usted es algo crédulo de más, don Faustino.

FAUS. Pues mírame bien, tú que no lo eres, y dime: sano, rico, fuerte, feliz... ¿por qué no he de creer?

GLOR. Tiene usted razón.

FAUS. Pues ya lo tengo todo. ¿Vamos al *bridge?*

GLOR. Vamos. (Y cogiéndose del brazo de Faustino, mutis los dos por la izquierda.)

FED. (A Juanita y Aurora.) Formaremos mesa nosotros.
AUR. Somos muy chambonas.
JUA. Yo, ni eso.
FED ¿Qué más da...?
JUA. Y le aburriremos.
FED. Al contrario: á mí me gusta mucho jugar con las señoras.
AUR. Pues vamos. ¿Usted no juega, Joaquín...?
JOA. No, señora.
FED. (A Juanita.) Este rabia nada más.
(Mutis Aurora, Juanita y Federico por izquierda.)

ESCENA X

JOAQUÍN un momento solo; ROSA por derecha

ROSA ¿Quiere usted algo, señorito Joaquín?
JOA. Nada.
ROSA (Marcha y se detiene.) Porque si quisiera algo...
JOA. Nada.
ROSA Una servidora... le serviría.
JOA. Muchas gracias. (Mutis por foro.)
ROSA (Dando un pequeño suspiro.) ¡Ay!.. (Mutis por izquierda.)

ESCENA XI

TULA y REVERENCIAS por segunda izquierda

TULA ¿Hace mucho calor ahí, verdad?
REV. Aunque no lo sintiera, por el placer de acompañar á usted...
TULA ¡No más, no más! ¡Tengo la desdicha de adivinar tan pronto...!
REV. ¿Y ahora qué adivinó usted...?
TULA A una dama no se le exigen ciertas confesiones: ciertas complacencias, aun lo comprendo, pero confesiones, no, amigo mío...
REV. Bien, bien... ¿Y decía usted que desea colocar cinco mil duros...?
TULA Y si el negocio fuese productivo y seguro, sobre todo seguro, invertiría algo más.
REV. Tal vez pueda yo complacerla á usted...

TULA ¡¡Por Dios, amigo mío...!!
REV. ¿Qué, señora?
TULA No hablemos más que del negocio: se lo suplico...
REV. En eso estamos. Pues mire usted; los cinco mil duros...
TULA Calor, ¿verdad...?
REV. Sí, señora: podrían colocarse...
TULA ¿El jardín estará más fresco...?
REV. Iremos.
TULA Pero solitario: temo que...
REV (Protestando.) ¡Señora...!
TULA Los hombres son ustedes tan atrevidos...
REV. Lo son: pero no lo somos.
TULA ¿Me da usted su palabra de no ofenderme...?
REV. Sí.
TULA ¿Palabra de honor?
REV. Sí, sí; ¿no creo que sea obligatorio...?
TULA (Emocionada.) No...
REV. Podrían colocarse en una hipoteca.
TULA Si usted la administrara... aunque lo natural sería que lo administrase el marido.
REV ¿Pero usted no es soltera...?
TULA Sí; hablo en futuro: tener hipoteca, tener marido...
REV. ¿Por cuatro años...?
TULA La hipoteca, sí; el marido, no.
REV. Y al seis por ciento.
TULA Al seis, sí, señor. Comprendo tanto lo que usted me dice...
REV Y yo.
TULA Venga, venga y hablaremos. (Mutis por foro Tula y Reverencias.)

ESCENA XII

GLORIA y ROSA por izquierda; después FEDERICO

GLOR. ¿Han traído el helado...?
ROSA Fué ahora la Paca...
GLOR. En cuanto venga... (Mutis Rosa por derecha.)
FED. Gloria, se ha escabullido don Reverencias y nos falta doña Tula.

GLOR. Estarán en el jardín.

FED. De noche y con la luna ocupada en otros mundos, lo encuentro inmoral.

GLOR. ¿Con Reverencias y con Tula...? Gana de pensar picardías inútilmente.

FED. Eso es lo que encuentro más inmoral; que se oculten para nada.

GLOR. ¡Federico!

FED. Voy á escacharrarles el idilio... ó el préstamo. (Marchándose.)

GLOR. ¡Federico...!

FED. No le quepa á usted duda: yo les escacharro algo. (Mutis por foro.)

GLOR. (Riendo.) ¡Federico...! ¡Federico...!

ESCENA XIII

GLORIA; FAUSTINO por izquierda

FAUS. ¿Qué hace Federico?

GLOR. Va de cacería contra don Reverencias, que es la obsesión de su vida.

FAUS. Alguno se alegrará de saberle entretenido en eso.

GLOR. ¿Quién?

FAUS. ¿Necesita usted oir el nombre...?

GLOR. ¿Joaquín...? Hago lo posible por ser su amiga, pero todos los esfuerzos se estrellan en su carácter agrio.

FAUS. Usted lo conseguirá. Para todo basta con hacer lo posible... y dejar lo imposible para los que no han de hacer nada.

GLOR. Con otro genio, creo que hubiera llegado á quererle, pero así no.

FAUS. Le querrá usted. Me dijeron que habían ustedes reñido y roto sus amores. Pero eso no puede ser y harán ustedes las paces.

GLOR. No...

FAUS. Sí. Yo respondo...

GLOR. (Riendo.) ¿De mí...?

FAUS. (Categóricamente.) De usted.

GLOR. (Riendo, pero al fin quedándose serio.) Da un poco miedo hablar con usted, don Faustino. Dice usted las cosas con una firmeza...

FAUS. Porque las creo, y acentúo algo, porque es la manera de que las crean los demás. Usted querrá á Joaquín y serán ustedes muy felices, que los dos lo merecen.

GLOR. (Riendo.) ¿Lo manda usted...?

FAUS. Sí, lo mando.

GLOR. (Volviendo tras de la risa, á quedarse seria y mirándole fijamente.) ¿Pero usted quién es para disponer...?

FAUS. Un hombre muy dichoso y que le agrada la felicidad de los otros.

GLOR. (Ansiosa.) ¿Nada más...?

FAUS. (Riéndo bondadosamente.) ¿Qué más se figura usted que soy...?

GLOR. Dicen que... (Pausa.)

FAUS. ¿Qué...?

GLOR. (Algo acongojada.) Me da usted miedo, don Faustino...

FAUS. ¿Y al mismo tiempo siente usted curiosidad de averiguar...? Pues lo va usted á saber. Yo soy...

ESCENA XIV

DICHOS; LANZADEIRA por derecha

LANZ. Felices.

GLOR. ¿Quién...?

FAUS. (Sonriendo.) La saluden á usted, Gloria.

GLOR. (Con afán.) ¿Quién...? (Al gesto de Faustino, indicando á Lanzadeira, sonríe.) Lo sabré...

FAUS. Sí.

GLOR. (Yendo á reunirse con él, á derecha.) Felices, Lanzadeira. (Viendo el saludo de ellos.) ¿Ustedes no se conocen...?

LANZ. (Siempre malhumorado, á media voz.) Ni falta que nos hace.

GLOR. Un gran amigo mío, de los más apreciados, don Faustino Díaz Puente. (A media voz.) Fíjese usted bien en él...

LANZ. Ya le he visto; parece un demonio.

GLOR. Fíjese usted más, que vale la pena; es un hombre feliz.

LANZ. ¿Algún farsante...?

GLOR. No, no, un hombre feliz

LANZ. Lo siento por él.

GLOR. (Terminando la presentación.) Y otro buen amigo, que celebraría lo fuese de usted también, Gregorio Lanzadeira, un hombre de gran corazón.

LANZ. De mucho corazón, sí, señor. Soy médico... y no ejerzo.

FAUS. (Adelantando.) Celebro esta oportunidad de saludarle...

LANZ. (Dándole la mano.) Bueno; yo también. Pues sabrá usted, señor hombre feliz, que yo he visto un caballo con cuatro orejas.

FAUS. Es bien raro...

LANZ. Bastante. Desde ahora, si usted no se molesta, voy á poner ese fenómeno en segundo lugar y á usted en primero.

FAUS. (Sonriendo.) No hay inconveniente...

LANZ. ¿Qué sea usted feliz...? *Bueno,* es una preocupación como otra cualquiera; pero que se anuncie usted me parece un reclamo intolerable.

FAUS. No fuí yo; fué Gloria.

LANZ. Gloria es una inocentona y le cree á usted por su palabra.

FAUS. ¿Usted no...?

LANZ. No.

FAUS. Entre caballeros se acostumbra...

LANZ. ¿Y en dónde están los caballeros?

FAUS. Yo soy uno.

LANZ. *Bueno,* uno.

FAUS. Y usted otro.

LANZ. Yo no.

GLOR. A Lanzadeira no le juzgue usted por sus palabras, sino por sus actos.

LANZ. ¡Como si fuera una comedia! Y si yo digo una cosa y hago otra soy un grandísimo embustero. ¿Ese es todo el elogio que se le ocurre a usted...?

GLOR. No ha querido usted comprenderlo.

LANZ. ¡Y estos son los amigos...! Verdad que el Universo entero es una porquería, y la familia otra, y los amigos igual que la fami-

lia, y que el Universo. De nubes abajo todo es inmundicia, señor hombre feliz, y lo peor que hay en este mundo—después del mundo, que está bastante mal hecho y se resiente de falta de ensayos...—son los hombres, y lo peor que hay en los hombres son las mujeres.

GLOR. (Riendo.) Gracias...

FAUS. ¿Usted me permitirá que yo piense de distinto modo...?

LANZ. No señor.

FAUS. ¿No...?

LANZ. Piénselo usted si se le antoja, pero sin autorización mía que no la necesita usted para nada. Y á mí me revientan los cumplidos, la cortesía es un síntoma de nuestra bajeza, que siempre hemos de estar humillados ante algo y con el espinazo doblado ante alguien. De chiquillos, ante los padres y los mayores; de mayores, ante los maestros; de viejos, ante la muerte; y continuamente ante el palo y el castigo. ¡Siempre con el pensamiento de rodillas y por el suelo! Es un asco, un grandísimo asco, se lo digo yo á usted.

GLOR. (A Faustino.) ¿Para Lanzadeira todo es vileza y servilismo?

FAUS. (A Gloria.) Y aun dejó por decir otras muchas razones de humillarse y de reverenciar, que también hay ideas, tan dulces y tan sublimes, que al pensarlas, gustoso se arrodillaría uno materialmente, si no temiera á la postura ridícula, aun estando solo...

GLOR. ¡Cierto!

LANZ. Como ideas no hay...

GLOR. (Riendo.) ¿No hay ideas?

LANZ. Ninguna, no señora. Hay palabras que suenan bien, reunidas de cierto modo artificioso, pero no pasan de eso. Y si no, dígame: ¿saben de alguna idea que examinándola fríamente tenga sentido común?

FAUS. Para no discutir en balde, diré que no, amigo Lanzadeira.

LANZ. ¡Otra! Hace dos minutos y medio que nos presentaron: ¿Por qué me llama usted amigo si aún no puedo serlo?

FAUS. ¿Y cómo le voy á llamar á usted...?

LANZ. Cualquier cosa. Señor Lanzadeira, conocido Lanzadeira ó Lanzadeira á secas.

FAUS. Así lo haré.

LANZ. Todo mentira y convencionalismo. ¿Qué es la poesía...? La prosa martirizada. ¿Qué es el llanto...? Agua y sal. ¿Qué es la vida...? Un plazo. ¿Y el plazo? Una fracción del tiempo, que en la inmensidad del tiempo no es nada: luego la vida no es nada. ¿Qué es el hombre...? Un bicho como otro cualquiera.

FAUS. Pero que piensa y discurre.

LANZ. Y que además tiene esos defectos. ¿Y las mujeres...? ¿Queriendo ser ahora iguales á los hombres...? No les faltaba más que eso para ser antipáticas del todo.

GLOR. (Con algo de misterio.) Ahí está Aurora.

LANZ. (Alegre.) ¡Aurora...! (Enfadado otra vez.) No me importa.

FAUS. ¿La herida, el agravio de que hace usted responsable á la Humanidad, es Aurora?

LANZ. (Despreciativo.) No...

GLOR. Sí.

LANZ. (Rabioso.) ¡No!

GLOR. (Riendo.) Sí...

LANZ. ¿Usted se figura que yo soy un chiquillo para preocuparme por una mujer, sabiendo lo falsas que son? Mujer que dice verdad se equivoca.

GLOR. ¿Y si no se equivoca...?

LANZ. Es que prepara una mentira más grande y con lo cierto de una cubre el embuste de la otra.

GLOR. (Riendo.) Gracias, gracias.

FAUS. No le moleste á usted... El que habla mal de todas se queja disimuladamente de una sola.

LANZ. ¡Yo no!

GLOR. Vaya usted...

LANZ. No tengo interés ninguno.

GLOR. Y habla usted con ella un rato.

LANZ. No tengo nada que hablar con esa señora.

GLOR. Pues ella creo que sí.

LANZ. ¿Ha dicho que...? (Mira ansioso á Gloria y ésta, seria, se echa luego á reir; desconcertado.) ¿Es mentira...?

FAUS. Todo es mentira, según usted.

LANZ. *Bueno*, ¿pero esto...?

GLOR. Es verdad.

LANZ. Voy, pero conste que no tengo ningún deseo.

GLOR. Constará.

LANZ. Adiós, señor hombre feliz. (Marcha.)

FAUS. Adiós ami... (Deteniéndose ante la mirada de él.) Conocido Lanzadeira.

(Mutis Lanzadeira por la izquierda.)

GLOR. Está enloquecido por Aurora... (Marchando.)

FAUS. Se franquea para escupír horrores y se guarda para demostrar cariños; con esos cariños muy mal le debe ir.

GLOR. Mal le va, sí.

FAUS. Ya lo he visto.

GLOR. ¿Vamos...?

FAUS. (Viendo á Joaquín.) Usted no.

GLOR. (Riendo.) ¿Dispone usted que me quede...?

FAUS. Yo no lo dispongo; lo ruega Joaquín.

(Al volverse y mirar á Joaquín, Faustino mutis por izquierda.)

ESCENA XV

GLORIA y JOAQUÍN, por foro

GLOR. ¿Se puede saber por qué no estaba usted con nosotros?

JOA. No creí que molestara también apartándome.

GLOR. ¡Por centésima vez, por última vez...! No seas huraño, Joaquín, habla como todo el mundo y no tengas esas violencias de carácter, que no conducen á nada.

JOA. Necesitamos tener una explicación definitiva.

GLOR. Ya la hemos tenido. Y de pensar en algo que pudiera ser, como tú dices, definitivo, creò que aún la retrasaría más: en las cosas buenas no se debe buscar el final porque después no queda nada bueno que buscar.

JOA. ¡Es que yo no puedo vivir sin ti!

GLOR. Sin mí estás viviendo ahora; para converme has debido morirte antes de decírmelo.

JOA. ¡Gloria! ¡¡Gloria!! ¡¡¡Gloria!!!

GLOR. (Remedándole.) ¡Joaquín! ¡¡Joaquín!! ¡¡¡Joaquín!!! ¿Ves lo antipáticas que son las conversaciones serias...? Acaba uno siempre intentando la fermata. Sólo faltó que dijeras: (Cantando.) Por ti... ¡por ti!... ¡¡por ti!!... que es como terminan todos los dúos, y ya estábamos en plena ópera. ¿A ti te gusta la música?

JOA. ¡No!

GLOR. Es verdad, á ti no te gusta más que enfadarte. Y no te figures que el tenor adora á la tiple porque se pase diez minutos desesperado; no, es que por lo visto facilita mucho la emisión del sonido, en las notas agudas, el acentuarlas en *i*... por ti; en *e*... ¡te querré!; en *or*... ¡mi amor!

JOA. ¿Quieres hacerme el... favor de escucharme con seriedad?

GLOR. Pero á condición de no ponerte trágico, que por ese camino no voy.

JOA. No, Gloria...

GLOR. Un momento. (Va á buscar una silla, después otra y con afectada gravedad.) Siéntate.

JOA. Yo no puedo consentir que Federico te enamore.

GLOR. No.

JOA. Sí.

GLOR. No.

JOA. (Dando un golpazo con la silla.) ¡Sí!

GLOR. Deja; te traeré otra silla más fuerte...

JOA. Escúchame. Hace dos años ya... que no puedes negar mi cariño. ¿Verdad que no lo niegas...?

GLOR. Un momento. (Mira por izquierda y vuelve á sentarse.) Juegan muy distraídos: continúa...

JOA. Reconozco todas tus buenas cualidades y estoy decidido á casarme.

GLOR. ¡Ay, Dios mío, como empieza esto!

JOA. ¿Quieres tú....?

GLOR. No.

JOA. ¿Por qué?

GLOR. Por lo contrario de lo que tú quieres.

JOA. ¿Dudas de mí?

GLOR. No. De tu amor segura, segurísima; pero tienes el genio demasiado violento, Joaquín, y eso, para toda la vida, es mucho genio. Vendrán las contrariedades menudas, mezquinas...

JOA. Y mi adoración las vencerá.

GLOR. Eso es lo que me causa espanto. Esa adoración perpetua que nos imponen por el matrimonio y que el matrimonio suele no conservar es el origen de infinitas penas. Mucha gente se odia sólo porque tienen obligación de adorarse, que sino se estimarían mutuamente.

JOA. ¿Es desconfianza...?

GLOR. Sí. Nos enseñaron la indisculpable torpeza de que con el lazo conyugal, y eternamente, ha de ser todo ó nada, y como es tan difícil que sea todo, la inmensa mayoría opta porque no sea nada.

JOA. Ese temor no debe paralizarnos porque...

GLOR. (Levantándose.) Un momento...

JOA. (Haciéndola sentar bruscamente.) ¿Acabarás de zarandearte...?

GLOR. (Indecisa entre enfadarse ó no, concluye por reir.) Habla, habla...

JOA. En lo humano yo te garantizo la eternidad de mi cariño. ¡Te lo juro!

GLOR. El tuyo y el mío, no bastan para ser felices nosotros dos; en año y medio de amores, por tibieza de amor no hemos reñido nunca, y en cambio, por tu carácter nos hemos peleado veinte veces ya. Tú me quieres hoy—lo sé—y mientras sigas queriéndome la casa será un Paraíso... relativo; pero en cuanto amaines, que *amainarás*, un Infierno... absoluto. No me conviene: ya sabes por qué te digo que no.

JOA. ¿Piensas que yo no sabré hacerte dichosa?
GLOR. No sabrás.
JOA. (Levantándose.) ¡Bien! ¿Ni aprenderé...?
GLOR. Ni aprenderás.
JOA. (Dando un golpe con la silla.) ¡¡Bien!!
GLOR. (Intranquila.) La silla...
JOA. ¿Conmigo no durará el amor...?
GLOR. Ni los muebles ..
JOA. ¿Y en tus cuentas ha entrado el que yo cedería...?
GLOR. ¿Qué remedio?
JOA. ¡Yo te aseguro que dominaré mi carácter...!
GLOR. Van muchas promesas iguales.
JOA. ¡Te lo aseguro!
GLOR. No, no, no...
JOA. (Cogiéndola de un brazo violentamente.) ¡Cuando yo te lo digo, Gloria, cuando yo te lo digo!
GLOR. (Levantándose) ¡Joaquín...! ¿Vas á persuadirme á puñetazos de que tienes buen genio...?
JOA. ¡De que te quiero!
GLOR. Ya lo estoy.
JOA. ¿Y tú á mí?...
GLOR. También.
JOA. ¿Y me rechazas...?
GLOR. Sí.
JOA. ¡No, Gloria, no, porque soy capaz de una locura! ¡No me desesperes que estoy ciego por ti y va á ser la perdición de los dos!
GLOR. A tiempo estamos de evitarlo.
JOA. ¿No?
GLOR. No.
JOA. (Avanzando amenazador.) Pues con nadie hablarás, que yo lo impediré; ¡nadie te mirará á los ojos, que yo haré bajar la mirada de todos...! (Cogiéndola iracundo.) ¡Y el día en que yo sepa que prefieres á alguno, ese día, él y tú y yo...!
GLOR. (Luchando.) ¡Joaquín!...
JOA. Y quien se cruce con nosotros...
GLOR. ¡¡Joaquín!!
JOA. (Zarandeándola.) Saldremos todos en pedazos... ¡te lo juro!
GLOR. ¡Hemos terminado!
JOA. (Espantado.) Gloria...

GLOR. Hemos terminado, digo, que yo no tengo por qué aguantar desplantes de nadie.

JOA. ¡Mira que á esta carta nos jugamos el amor!

GLOR. Pues jugado va. Hemos concluído.

JOA. Adiós, Gloria.

GLOR. Adiós, Joaquín.

(Mutis Joaquín por izquierda.)

ESCENA XVI

GLORIA y FEDERICO por el foro, Luego LANZADEIRA por la izquierda

FED. ¡Los escacharré! ¡Era una ilusión mercantil, un amor al seis por ciento!... ¡Don Reverencias viene indignado!... ¡Soy feliz, Gloria!

LANZ. ¡Esa mujer no quería hablarme; quería burlarse!... ¡Y yo no volveré á acercarme á ella jamás! ¡Sin ella es como seré feliz!

ESCENA XVII

DICHOS, REVERENCIAS y TULA por el foro

REV. ¡Lo mato!

TULA Calma, amigo mío, calma...

REV. ¡Lo mato, lo mato! ¿En dónde está ese Federico?...

FED. Servidor.

REV. Bien. Estese usted ahí...

LANZ. Adiós, señora... (Mutis por derecha.)

FED. (Siguiéndole.) ¡No se marche usted, hombre! (Mutis por derecha.)

REV. Adiós, señora... (Mutis por derecha.)

TULA (Siguiéndole.) Por Dios, amigo mío, deténgase usted... (Mutis derecha.)

ESCENA XVIII

GLORIA, FAUSTINO y JOAQUÍN por la izquierda

FAUS. Ven acá, hombre, ven acá. No te marches.

JOA. Dispense usted...

FAUS. (Cogiéndole.) Aguarda, y yo te prometo que

esta misma noche oirás la palabra que deseas.

GLOR. (Secamente.) Se engaña usted.

FAUS. (A Joaquín.) Tienes mi promesa: ¿aguardas?...

GLOR. (Molestada.) ¿Pero usted quién es para disponer así de las voluntades ajenas?...

FAUS. ¿No lo sabe usted?... (Gloria la mira inquieta: Faustino sonriendo bondadosamente.) Eso que usted piensa...

GLOR. (A media voz, intranquila.) ¿Un demonio?...

FAUS. (Disculpándose) Un demonio, sí... pero recíbame bien. Desde la eternidad es el único que ha vuelto á la tierra para ofrecer aquí felicidades. De los demás, el mejor las ofreció para muy lejos (Dando un paso hacia ella.) Gloria...

GLOR. (Huyendo á refugiarse en Joaquín.) ¡¡Joaquín!!

JOA. ¡No seas boba! ¡No tengas miedo! ¡Lo ha dicho por reirse de tu credulidad!

FAUS. Sí, un poco... Pero tú, tú, Joaquín, debías tener más fe en mis palabras.

JOA. (Sonriendo, incrédulo.) ¿Yo?...

FAUS. ¿No ves que ya empiezan á cumplirse mis promesas?... Unidos estáis.

GLOR. (Apartándose de Joaquín y riendo.) ¡Eso no!

FAUS. Y aún más todavía os he de unir. ¿Aguardas?...

(Joaquín sonríe.)

GLOR. (Acercándose á Faustino.) ¿Pero será usted de veras?...

FAUS. (Cogiendo el brazo de Gloria y pasándolo por el suyo.) ¿Un demonio?.. ¿Por qué no?... (Con mucha dulzura va llevándola á la izquierda.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración, en la misma noche

ESCENA PRIMERA

REVERENCIAS sentado, pensativo; TULA y GLORIA por izquierda

GLOR. ¿Tampoco usted quiere jugar?

REV. Están muy desanimadas las partidas.

GLOR. No sé que le pasa hoy á la gente; parecen como distraídos.

TULA Es por que están preocupados; para jugar, lo primero que hace falta es no tener nada que decir.

GLOR. Tal vez.. Voy á disponer que nos sirvan. (Mutis Gloria por derecha.)

ESCENA II

TULA y REVERENCIAS

TULA ¿En qué piensa usted, amigo mío?... ¿En usted mismo?..

REV. No.

TULA Comprendo. ¿Va usted á desafiarle...?

REV. ¿A quién?

TULA A Federico.

REV. ¡No, señora!

TULA Comprendo: espera usted á que él le rete.

REV. Tampoco: si lo creyera no esperaría. ¡Pero con ese mocito hay que terminar de una vez!

TULA (Espantada.) ¡Amigo mío!

REV. Está dicho.

TULA Por Dios, no se comprometa usted... Piense usted en su familia...

REV. No tengo.

TULA Pues piense usted en que no la tiene, y aun es mejor.

REV. Estoy decidido. Le prestaré dinero.

TULA (Tímidamente.) ¿Con garantía?...

REV. Con garantía. ¡Pues no faltaba más!

TULA ¿Sigue usted el consejo de don Faustino...?

REV. Sí, señora, es un hombre muy inteligente: quizás preste algo también.

TULA No lo creo.

REV. Cuando tuvimos hace un instante la intención de retirarnos, don Faustino le indicó á Lanzadeira la conveniencia de cambiar de táctica con Aurorita, diciéndole: «Si ella va en broma y usted va en serio, perderá usted siempre. Búrlese usted y alguna vez perderá ella. Ignoro si le ha convencido, pero por de pronto no se ha marchado.» Y á mí me dijo: «¿Por qué no pulveriza usted de una vez á ese enemigo, prestándole algo más?...»

TULA ¿Y usted se decidió?...

REV. Lo grave es que de momento no me conviene distraer fondos...

TULA Yo podría, si usted no se molestára...

REV. No, no me molesto.

TULA Pero no... una mujer no puede.

REV. Sola no, pero con un hombre... que la guíe lealmente...

TULA Es una tristeza que las costumbres sociales nos veden intervenir en los negocios directamente, obligándonos á tener nuestra fortuna improductiva.

REV. ¿Tiene usted una fortuna, doña Tula?...

TULA Sin doña...

REV. ¿Una fortuna, Tula? ..

TULA Con *ita*.

REV. ¡Tulita!

TULA Fortunita.

REV. ¿Mucho?

TULA Poco...

REV. ¿Diez mil duros?...

TULA Un poquito más...

REV. (Cogiéndole la mano.) ¿Quince?...

TULA Un poquito más...

REV. (Cogiéndole el brazo.) ¿Veinte?...

TULA Un poquito más..

REV. (Casi abrazándole.) ¿Treinta?...

TULA Un poquito menos.

REV. ¿Veintisiete?...

TULA Las manos, un poquito menos.

REV. (Apartándose.) ¡Ah!... ¿Pero la cifra?

TULA Treinta y cuatro mil duros en papel del Estado.

REV. ¿En papel? ¡Qué locura!

TULA No voy á negociar...

REV. Negociaré yo.

TULA ¿Usted?..

REV. Yo, que tengo una gran simpatía por usted, una gran admiración...

TULA Don Reverencias... (Ruborosa.)

REV. ¡Yo, que la adoro á usted! ¡Y eso no puede estar en papel, no; es un crimen!

TULA ¿Usted me quiere?...

REV. Ha de estar en hipotecas. ¡Sí la quiero á usted! Temía ser rechazado, no mereciendo poseer tanto hechizo... ¿interior?

TULA Amigo mío...

REV. ¿O amortizable?...

TULA Amortizable.

REV. Tenemos un veinte por ciento de margen en la cotización. Y ya que he logrado la inmensa ventura de que usted me diga que me quiere...

TULA Aún no lo he dicho.

REV. Me lo dirá usted luego; es igual. ¿Para qué hemos de retrasar nuestra felicidad...?

TULA No sea usted cruel, obligándome á responderle ahora mismo... ¿No adivina usted que sufro...?

REV. No, señora; ¿para qué va usted á sufrir...?

Dejémonos de fililiés, que no son de necesidad ahora y vamos á lo práctico. En un mes arreglamos los documentos, nos casamos, liquidamos, hipotecamos y somos felices.

TULA ¿Tan rápido...?

REV. Creo haberle dicho á usted que la adoro... Usted me lo dice á mí cuando quiera, que yo le daré ocasiones, y... nada más.

TULA Perdone usted que no sepa contestarle, pero una escena de amor enternece siempre...

REV. Eso dicen.

TULA Le autorizo á usted para visitarme...

REV. ¿Para qué?... Ya nos veremos mucho después de casados. Y ahora hay que activarlo todo.

TULA Adiós, amigo mío... no vayan á sorprendernos.

REV. La adoro á usted...

TULA Y yo soy muy dichosa creyéndolo.

REV. Bueno, adiós.

TULA (En la puerta derecha.) Adiós...

ESCENA III

REVERENCIAS; FEDERICO por la izquierda

FED. (Abrazándole.) Apreciabilísimo don Reverencias.. le andaba á usted buscando.

REV. ¿Para qué?

FED. Para el inefable goce de verle á usted un momento más.

REV. (Brusco.) Se lo estimo. (Melifluo.) Se lo estimo, joven.

FED. Desde que nos conocimos—y ya van pagarés—no puedo pasarme un día sin recordárselo: si no me entristezco.

REV. (Riendo.) Bien hecho.

FED. Entre una satisfacción mía y una rabieta de usted... á ojos cerrados la rabieta.

REV. ¿Y para qué se privaría de ese gusto...? Continúe, continúe.. Usted á intentar disgustarme, y yo á quererle más cada día.

FED. (Desconcertado.) ¿Eh...?

REV. Cada día á encontrarle más simpático.
FED. ¿Eh...?
REV. Y cada día más deseoso de servirle.
FED. ¿Eh...?
REV. A ver quién vence á quién.
FED. ¿No llegará ese encanto á prestarme dinero...?
REV. Llega.
FED. ¿Eh...? ¿Cinco mil del ala...?
REV. Cinca mil del ala, ó de ala y pechuga, ó del sitio que usted elija.
FED. ¿A cómo? ¿Al seis...?
REV. Al tres.
FED. ¿Estoy soñando ..? ¿Al tres anual?
REV. Eso ya es delirio. Mensual.
FED. Tres por doce... Al treinta y seis nada más.
REV. Nada más.
FED. ¡Pero eso es despilfarrar, don Reverencias!
REV. Aunque lo sea.
FED. ¡No le conozco á usted...!
REV. Ni yo tampoco, pero así soy con un amigo.
FED. ¿Y cuándo realizamos esa hazaña?
REV. Mañana.
FED. ¿Por la mañana?
REV. Al amanecer, si usted lo prefiere.
FED. ¡Pero usted es angélico, don Reverencias!
REV. Nunca sabe uno de fijo lo que es...
FED. Esta generosidad, digna de bronces y de mármoles, le rehabilita á usted... Desde hoy es usted un caballero intachable.
REV. No, no...
FED. Un espejo de amigos.
REV. No, no...
FED. Y otro espejo de... de cualquier otra cosa. Le proclamaré *in facia al mondo*. Yo seré el Lohengrin de los préstamos de usted.
REV. Sentiría que por este pequeñísimo servicio se privara usted de insultarme de vez en cuando..
FED. ¡Imposible ya!
REV. Se lo suplico á usted.
FED. ¡De ninguna manera!
REV. Bueno, pues me resigno: tráteme usted bien... Incluso en esto, cedo yo.

ESCENA IV

DICHOS; FAUSTINO por izquierda

FAUS. ¿Hablan de algo en reserva...?

REV. No.

FED. (Aparte á Faustino.) Don Reverencias quedó clasificado como ángel de primera clase. ¡Es encantador!

FAUS. No lo extraño... (Yendo á Reverencias.) ¿Hechas las paces?

REV. Por completo.

FAUS. (Aparte á Reverencias.) Ya se lo dije á usted... Es muy fácil comprar un hombre, sobre todo si tomamos la precaución de no proponerle que se venda.

REV. Agradecidísimo á su consejo, don Faustino. Y si alguna vez me necesita usted.. lo que usted quiera; al trenta y seis... y á menos.

FAUS. Gracias.

ESCENA V

DICHOS; LANZADEIRA por izquierda

FED. Oiga usted, Lanzadeira, ¿qué combinación le proponía usted antes á Aurorita para que ella se negara tantas veces...? ¿Debía ser muy complicada, eh...?

LANZ. Sepa usted, señor mío, que yo no le propongo nada á las mujeres.

FED. ¡Qué torpeza!

LANZ. Y cuando se lo proponga no he de contárselo á nadie.

FED. Eso ya es más disculpable.

FAUS. Bastante depravación hay por el mundo: no añadamos la de pregonarla.

FED. Dice usted muy requetebien, don Faustino. Y es un dolor el pensar en que haya tanta inmoralidad, sin que uno se aproveche casi nada.

FAUS. Allá veremos lo que usted opina cuando tenga hijas.

FED. No las tendré. Si me caso ha de ser á condición de no tener más que hijos: si nacen hijas, no vale.

REV. Bien pensado, pollo.

LANZ. Da asco oir á la juventud...

FED. Pues ahora vamos á oir á la edad madura: ande, Lanzadeira, desatine.

LANZ. ¿Sabe usted lo que le digo, joven? ¡Que es usted muy agresivo!

FED. ¿Yo...?

REV. ¡Qué injusticia tan grande! Si estudiara usted el carácter de...

LANZ. ¿Sabe usted lo que le digo, don Reverencias?

REV. Todavía no.

LANZ. Que me basta mi parecer; y el ajeno, mientras no lo solicite...

REV ¿Agresivo don Federiquito...? No, señor.

LANZ. ¡Sí, señor!

REV. No, señor. Estando usted no lo es nadie. Usted se lleva el premio y los dos accesits.

LANZ. ¡Señor mío! Extraño mucho ese concepto de usted...

REV. ¿Y qué le vamos á hacer...? Los que no hablamos nunca, cuando hablamos algo, sorprendemos á todos. A mí se me ocurrió meter esta baza en la conversación... ya la metí... ¡y qué le vamos á hacer!

FED. ¡Bien, angélico don Reverencias, bien! ¿Me permite usted que le dé un abrazo hipotecario...?

REV. Sí, sí.

LANZ. ¡Espero una explicación de esas palabras!

FAUS. Buena gana de armar pelea por cosa de tan poca monta. Ríase usted y será mejor.

LANZ. ¿Yo?... Cuarenta años voy á cumplir: tengo el orgullo de poder afirmar que no he reído jamás.

FED. Dará gusto vivir con usted...

FAUS. Pues ya hay cosas de mucha gracia...

LANZ. Ninguna. Payasadas que celebran otros payasos para que después rían las suyas. El hombre no debe tener más que un momen-

to verdadero de regocijo en su vida: cuando se muere.

REV. ¡Ay, este señor es un cafre!

FED. ¿Está usted resentido con los cafres?...

LANZ. En los demás momentos sólo existe motivo para dolerse de que nos obliguen á pertenecer á esta indecente humanidad, que no tiene más que vicios y egoísmos, y por buen tener, indiferencias.

FED También hay amor.

LANZ. Amor, no; amores. Parece más y es bastante menos.

REV. Hay buenos amigos.

LANZ. Ni amigos, ni buenos: gente que nos conviene ó que nos distrae.

FAUS. Hay placeres...

LANZ. Cuando hay dinero.

FAUS. Hay bondad, hay caridad...

LANZ. Sí, sí; el día en que la caridad sea la única razón para dar limosna, se acabaron los mendigos. Y cuando uno está convencido de los resortes que nos mueven, todos viles y mezquinos y mortificantes, se persuade uno pronto de la inmundicia moral, de la roña que tienen las almas, y lo que aquí en el mundo nos hace más falta es que venga otro diluvio, pero no de agua sola, sino de agua con jabón y con piedra pómez y unos cuantos centenares de miriadas de ángeles que raspen bien las almas, á ver si ellos pueden devolverles la blancura que tuvieron y que ya por la tierra no tendrán.

FED. Estoy viendo á Aurorita de Querubín con alas de piedra pómez... y negándose á raspar á Lanzadeira.

LANZ. ¿Es mentira?

FAUS. Mentira, no; exageración. Hay quien mira las cosas con una lente y hay quien las oye con un prejuicio, y llegan á la vista y á los oídos muy diferentes de lo que son en realidad.

LANZ. Ya nos dijo usted que todas las personas son buenas: ¿va usted á decirnos ahora que también lo son las cosas?...

FAUS. También: es cuestión de buscarles la utilidad ó el momento. Una piedra de cantería es admirable para edificar...

FED. Y para llevarla en el bolsillo ha de ser muy incómoda.

FAUS. Bien acicaladas ó vestidas con descuido, las mujeres son las mismas: pero, ¿por qué se las ha de perseguir cuando entran en su tocador con el frasco de perfumes en la mano?...

FED. Claro; puede romperse el frasco...

FAUS. Persígala usted después, cuando sale perfumada ya. Cierto que los pájaros se comen insectos y larvas y no es poético mirarlos con las piltrafas en el pico... pero el secreto de la vida consiste precisamente en eso, en no buscar al ruiseñor cuando come y en buscarlo cuando canta. Pero usted, Lanzadeira, no sé por qué causa se ha complacido un día en quedarse extático ante una charca de ranas y luego, con muchísima lógica, se ha tapado usted los oídos para no escuchar lo mal que cantan todos los seres de la creación. Créame á mí; ríase usted un poco, que todo no merece ser tratado en serio.

LANZ. Eso jamás.

FED. No puede: está contratado por la Compañía general de Tristezas públicas.

LANZ. En lo que me parece, señor mío, y no le debo á usted cuenta ninguna.

FAUS. Ni á nadie. Perdone usted lo dicho. (Marcha hacia el foro.)

REV. (A Faustino.) Es un cardo...

FAUS. Es un hombre que no acierta nunca, y el no acertar, teniendo orgullo, da mala idea de los demás hombres...

REV. Y luego no quiere cambiar...

FED. Cuestión de carácter. (Mutis por foro Faustino, Reverencias y Federico.)

ESCENA VI

LANZADEIRA y AURORA, por izquierda

AUR. Aun estoy aguardando esa contestación. Mañana vamos de merienda.

LANZ. (Fosco.) Que se diviertan ustedes.

AUR. ¿Vendrá usted con nosotros?...

LANZ. ¿Para qué?... ¿Para volver cansado y aburrido?...

AUR. Si le teme usted al cansancio se privará usted de muchos movimientos, Lanzadeira...

LANZ. De algunos. Y á nadie le importa que vaya ó que deje de ir.

AUR. Yo le vería á usted con mucho gusto.

LANZ. ¡Porque usted!... ¡Usted es muy coqueta, Aurora!

AUR. Tal vez...

LANZ. ¡Seguramente!

AUR. Bien. ¿Pero lo dice usted alabándome?

LANZ. Como usted quiera menos como alabanza.

AUR. Pues mal dicho. Para ser agradable á los demás, la gente hace lo que se figura que hace mejor; uno canta, otro baila, otro habla... y todos procuramos lucir nuestras habilidades. Yo no valgo nada, ni sé hacer nada entretenido.

LANZ. ¡Ya aprenderá usted!...

AUR. Lo único que hago regularmente es coquetear. ¿Por qué se incomoda usted?... ¿Por qué pretende usted privarme de que luzca ese poquito de mérito?...

LANZ. ¡Si lo empleara usted conmigo exclusivamente!...

AUR. Perdería el tiempo. Para usted, Lanzadeira, tan desengañado, no puede haber alma que merezca su estimación. Usted pasa por las amistades y por los afectos sin que le interesen, y únicamente le conmovería hallar otra alma gemela. Le ocurre á usted lo que á los españoles cuando viajan por el extranjero: de cuanto pueden ver, lo que más le gusta es el encontrarse con otro español.

LANZ. ¿Y por qué no es usted igual á mí?...

AUR. Pues mire usted... ¡con franqueza! Por fuera no ganaría... y usted dispense: y por dentro ha de ser dificilísimo parecerse á usted. No todo el que se lo proponga conseguirá tener el corazón asqueado, los ojos indiferentes y los oídos rebeldes á una palabra cariñosa.

LANZ. ¿Indiferente yo?... Lo aparento para no mostrar la humillación, pero cuando usted habla con otro me doy á todos los demonios.

AUR. En eso hace usted perfectísimamente; no se debe renegar de los compañeros.

LANZ. ¿Cree usted que me satisface el observar la preferencia con que usted atiende á Federico, por ejemplo?... Pues ese no será por lo comedido del lenguaje, que bien ensarta horrores.

AUR. Sí, señor; pero hay horrores... y horrores. Las de Federico son cosas malas que se pueden decir... y las de otros son cosas malas y que además no se pueden decir.

LANZ. (Afectuoso.) ¿Y si yo no las dijera, adelantaría algo en el aprecio de usted?... ¿Llegaría usted á quererme?

AUR. Eso usted lo ha de lograr.

LANZ. No, Aurorita. Precisamente lo triste de todo lance de amor es que necesitan quererse dos: conque adore uno solo no basta. Alcanza y sobra el propósito de uno solo para ganarse la vida, que es algo, y para ganar el cielo, que también es algo; uno solo llega á la fortuna, á la fama, á la vejez, á la muerte... ¡á todo! y únicamente para llegar al cariño es menester que se junten dos... Por eso el amor es el empeño más grande y más loco en que los mortales se aventuran por la tierra...

AUR. Y asustando á quien se busca, más loco aún.

LANZ. No es asustar lo que yo persigo.

AUR. ¿Viene usted mañana de merienda con nosotros?

LANZ. (Fosco.) Con mucho gusto.

AUR. Hay que decirlo de otro modo.

LANZ. Tendré el honor de...

AUR. No. Con otra cara.

LANZ. ¿Pero usted cree que si yo tuviera otra llevaría esta?...

AUR. Pues á buscarla.

LANZ. Sí, iré al bazar.

AUR. No tan lejos. Varíe usted los pensamientos... y ellos se encargarán de dulcificarle el semblante... y la vida. ¿Viene mañana?

LANZ. (Humilde) Con mucho gusto.

AUR. Aun no es así; se lo volveré á preguntar. Estudie...

ESCENA VII

DICHOS; GLORIA, por derecha; luego FEDERICO, por foro

GLOR. ¡Aurora!... ¡Gran noticia!

AUR. ¿Qué es?...

GLOR. Tula... Doña Tula... en amores.

AUR. ¿Y la víctima?

GLOR. Don Reverencias.

AUR. Pero eso es ridículo.

GLOR. Así me reí yo cuando la interesada me lo dijo... (Llamando) ¡Lanzadeira!...

AUR. ¡Déjale! Está estudiando.

GLOR. ¿Para qué?

AUR. Para ser feliz.

FED. ¡Gloria!... ¡Se ha trastornado el globo terráqueo!... ¡Don Reverencias es mi amigo entrañable!

GLOR. ¿Por qué?

FED. Por cinco mil... razones.

GLOR. ¿Regaladas?

FED. Casi. Al treinta y seis. (Llamando.) Lanzadeira...

GLOR. ¡Chiss! Déjale. Estudia...

FED. ¿Qué asignatura?

GLOR. Elementos de felicidad: primer curso. Con Aurora...

FED. Me gusta el texto. Enséñeme una lección..

AUR. Usted no lo necesita. (Yendo á Lanzadeira.) ¿Viene usted mañana con nosotros?

LANZ. Con mucho gusto.

AUR. Aun no es así. Conteste... (Le coge del brazo y lentamente, él incomodado y ella riéndose, hacen mutis por izquierda.)

GLOR. ¡No desatine!

FED. ¡Le digo á usted que es verdad! Lanzadeira no aprovecha esas lecciones.

GLOR. ¿Usted sí?...

FED. Y con muchísimo aprovechamiento. Yo tuve una novia que se llamaba Enriqueta; no, Antonia; no, Luisa...

GLOR. Ande, Luisa, bueno.

FED. No pude hablar con ella más que dos veces en un año... y aprobamos el curso.

GLOR. (Marchando.) Quite...

FED. (Deteniéndola.) Y hubiéramos sido muy dichosos, porque llegué á entrar en la casa con autorización de los padres y de los hermanos... pero intervino la hermana, que era el único hombre de la familia... y tuve que desalojar.

GLOR. ¿Era fea la hermana?

FED. Era lista. El peor defecto de las mujeres... por eso le tengo á usted tanto respeto.

(Ríen los dos, sin soltarla Federico del brazo; entra Joaquín por la derecha, lo ve y se quedan todos serios.)

ESCENA VIII

GLORIA, FEDERICO y JOAQUÍN por la derecha

GLOR. Me decía Federico que...

JOA. No se moleste usted en explicármelo.

GLOR. Pues no me molesto en explicarlo. (Marcha por izquierda.)

FED. (A Gloria.) Ya nos hemos caído... Y lo peor es que sin habernos caído.

(Mutis por izquierda Gloria y Federico.)

ESCENA IX

JOAQUÍN y ROSA por derecha

ROSA (Con una bandeja llena de tazas.) ¿Quiere usted algo, señorito Joaquín?

JOA. Sí.

ROSA ¿Dejo las tazas?...

JOA. No.

ROSA Ay...

JOA. Sin que te oigan, procura decirle á Federico que deseo hablarle.

ROSA ¿Nada más?...

JOA. No.

ROSA ¿Entonces puedo seguir?

JOA. Sí.

ROSA Ay... (Mutis Rosa por izquierda.)

ESCENA X

JOAQUÍN se sienta malhumorado y FAUSTINO por el foro

FAUS. ¿Qué te pasa?...

JOA. Nada.

FAUS. Algo será, para traerte mustio y preocupado á ti que eres tan dichoso. Tan dichoso, sí. Los felices son los que se espantan de las penas, porque les cogen siempre de improviso.

JOA. (Levantándose.) Perdone usted, don Faustino.

FAUS. Soy tu padrino; algo como si fuera tu padre... y soy tu amigo: te costará un poco el reconocerlo, porque á tu edad no se cree en más amigos que las amigas, pero lo soy. ¿Por qué no te franqueas conmigo?... Habla.

JOA. No tengo secretos.

FAUS. He prometido servirte: ¿por qué no confías en mí?

JOA. ¿Y usted en qué ha de valerme? ¿Con alguna idea infernal?...

FAUS. (Siempre sonriente.) ¿Tú también?... Ya sé que

me buscan parentesco diabólico, porque dicen que las líneas de mi cara recuerdan algo el retrato convencional que hemos hecho del Gran Tentador... pero no te dejes convencer por la fealdad de un rostro, ni por la belleza: los dos mienten, y lo hermoso, aun más, porque atrae y te engañas tú antes de que él pretenda engañarte. Habla. Joaquín...

JOA. Yo no tengo nada que decirle.

FAUS. Cuando yo era muy chiquillo, como tú ahora, oyéndoles decir á todos los que buscaba, por amistad ó por amores... «¡Qué hombre... parece un demonio!...» Estuve, realmente, á punto de serlo, porque se enconó el alma. Mi fortuna, quiso que en aquellos años de odio y de angustia, encontrara un amigo, como tú ahora, y me diera un buen consejo. Por escucharle, ya ves que no fué sacrificio... nada más que por escucharle, cambió mi vida y soy feliz. Continúo siendo un demonio, pero un demonio bondadoso, y por la tierra, un ángel bueno, que sólo conoce el bien y te lo ofrece, no vale lo que un buen demonio, que también conoce el mal y te lo aparta...

JOA. (Abrazándole.) ¡Padrino!...

FED. Habla, habla, Joaquín...

JOA. ¡¡Pues bien, sí, hablaré!!

FAUS. ¡Calla!

ESCENA XI

DICHOS y ROSA que atraviesa de izquierda á derecha con la bandeja vacía

ESCENA XII

FAUSTINO y JOAQUÍN

FAUS. Sé franco: no te pesará...

JOA. ¡Estoy en una situación horrible!

FAUS. (Echando mano á su cartera.) ¿Cuánto?

JOA. No es dinero.

FAUS. ¿De salud?

JOA. No es enfermedad.

FAUS. ¿Es amor?...

JOA. Amor, don Faustino: ciego, loco, desesperado...

FAUS. Basta, basta. Es amor: lo demás ya sé que le pertenece.

JOA. Y si esa mujer no me quiere...

FAUS. Te querrá.

JOA. ¡Es que se burla!...

FAUS. Entonces te querrá más pronto: los burladores suelen llevar dentro una persona muy seria.

JOA. ¡Si usted lo consiguiera, le veneraría como á Dios!

FAUS. Como á Dios no conozco más que á un ser que lo merezca.

JOA. ¿Quién?

FAUS. Dios. Los demás quedan ya muy por bajo. Pero sin necesidad de ninguna adoración, yo haré lo que tú deseas, yo te daré la felicidad en amor y en todo lo de la vida.

JOA. ¿Usted?...

FAUS. Y verás de qué modo tan sencillo. Tú me permites acompañarte siempre que vayas ó te figures ir á una situación difícil y *sea la que sea*, prometes por tu honor obedecerme en el mismo momento en que yo te lo mande.

JOA. ¿Mandarme qué...?

FAUS. Nada que te denigre ni que te violente siquiera. No, no... una cosa natural, fácil y correctísima.

JOA. ¿Y ahí está todo el poderío de usted...?

FAUS. Todo é infalible. Para entendernos, y que los demás no lo entiendan, vamos á quedar convenidos en una señal cualquiera. Por ejemplo... «qué noche tan hermosa», «qué día tan apacible». Cuando yo pronuncie estas palabras y cuando tú las oigas, *sea el momento en que sea*, ¿juras por tu honor obedecerme sin discutir, sin vacilar, sin rebelarte..?

JOA. ¿Y qué pasa?

FAUS. Nada.

JOA. ¿Qué digo?

FAUS. Nada.

JOA. ¿Qué hago?

FAUS. Reirte.

JOA. ¿Qué más?

FAUS. Nada más: reirte.

JOA. (Exaltándose.) ¿Usted se chancea de mí, don Faustino...? ¿Usted se figura que soy un muñeco para zarandearme á su capricho... ó que le amparan demasiado los años para que yo le respete aunque se mofe...? Crea usted algo de eso, pero no tanto, porque yo...

FAUS. Ríete ahora.

JOA. ¡¡Don Faustino!!

FAUS. Como aun no juraste, no te lo puedo mandar aun: te lo suplico. Ríete... por complacerme... ¿qué te cuesta? (Joaquín sonríe forzosamente.) No te ha salido bien la risa: es por falta de costumbre. Ya la perfeccionarás.

JOA. ¿Y qué adelanté con eso...? Si fué una fantasía de usted, una gana de divertirse á mi costa, está usted complacido, pero no insistamos en la broma, que á uno de los dos puede costarle cara, y si usted olvida que soy ya un hombre, olvidaré yo que...

FAUS. Un instante. ¿De qué hablas ahora...? ¿De ti y de mí...?

JOA. ¡Claro...!

FAUS. ¿Solamente de los dos?

JOA. ¡Claro!

FAUS. ¿Y ya no hablas de tu amor, de lo que afirmas que es tu única obsesión...? La risa te llevó al enfado, á otra cosa, no aseguro que mejor ni peor, pero á otra cosa distinta de lo que era tu pensamiento. Pues si cada vez que la pasión te domina, por tu propia voluntad ó por obediencia á mí ó por cualquier otra circunstancia, tuvieras que serenar tus nervios, al cabo de muchas dominaciones llegarías á discurrir tranquilamente acerca de lo que ahora miras tan exaltado.

JOA. Si bastara lo que usted propone...

FAUS. Te sobrará. Fué un buen consejo que me dieron, y por seguirlo he triunfado. La vida es mía, en lugar de ser yo juguete de la vida: la llevo yo, en lugar de llevarme y de arrastrarme ella.

JOA. Ha de costar mucho.

FAUS. Al principio, sí; como todo; después no vale nada... como todo.

JOA. Pero en algunos momentos la risa ha de repugnar...

FAUS. Sí repugna, sí, pero el final agrada. Es labor de tiempo y es pelea en que triunfa el más tenaz. El agua cae sobre el fuego y se evapora: vuelve á caer y vuelve á evaporarse: y vuelven uno y otra sin cesar en esa lucha hasta que el fuego se apaga y queda el agua triunfadora. Así se formó el mundo.

JOA. Así...

FAUS. Viene la risa en una hora de angustia y el corazón dolorido la rechaza; vuelves á reir y vuelve á rechazar; vuelves de nuevo y ya el corazón la soporta, y tiene juntas, dentro de sí, á la pena y á la risa... y á la otra vez que ríes, el corazón se ríe sambién y la pena huye avergonzada. Así nos formamos nosotros.

JOA. Bien está para dicho: bien está para aconsejado, pero cuando el dolor es muy verdadero y muy hondo, cuando el amor es muy desventurado, como el mio, ¡ay! entonces no sirven ni valen...

FAUS. Ríe.

JOA. (Dolorido.) Padrino...

FAUS. Ríe. (Joaquín se sonríe.) Ya no es nada el dolor.

JOA. Volverá á ser.

FAUS. Pues vuelve tú á reir y al fin vencerás, ¿Tengo tu palabra de honor-..?

JOA. (Sonriendo incrédulo.) Mi palabra de honor.

FAUS. Pues tú vencerás. (Retirándose por la izquierda, sin volver la espalda, sonriente y natural.) Prepárate á disfrutar de la vida, que tuya es. Tú vencerás, Joaquín, tú vencerás. (Mutis: después del mutis, no viéndosele ya.) Tú vencerás...

ESCENA XIII

JOAQUÍN, después ROSA por derecha

JOA. Se ha burlado de mí; ya lo comprendo.

ROSA (Desde la puerta siempre.) Señorito.. Señorito Joaquín ..

JOA. ¿Diste mi recado á Federico?

ROSA Tuve que aguardar porque estaba hablando con la señorita Aurora.

JOA. ¿Juegan?

ROSA Si juegan no se les ve...

JOA. ¿Al bridge?

ROSA A eso no señor. Vendrá en seguida. ¿Quiere algo más el señorito?

JOA. No. Gracias.

ROSA Porque el señorito es tan simpático que...

JOA. Nada, nada, puedes marcharte...

ROSA ¡¡Qué antipático es...!! ¡Ay! (Mutis Rosa.)

ESCENA XIV

JOAQUÍN; FEDERICO por izquierda

FED. ¿Me llamaba usted, Joaquín...? A su disposición y agradézcame un poco el que haya acudido, interrumpiendo un diálogo interesantísimo con Aurorita: hablábamos de locuras ajenas, que es como mejor se encarrila uno para las propias, á propósito de aquella institutriz que mandó venir de Londres la condesa del Val para educar á sus niñas y que ahora ha regresado á su país... llevándose al Conde.

JOA. ¡Eso es una calumnia!

FED. No, no, yo no digo que con mala intención. Se lo habrá llevado como recuerdo de España. Era una mujer muy guapa.

JOA. (Secamente.) Sí, bastante.

FED. De recién venida la llamaban la Virgen

Loca; no sé ahora de recién escapada cómo la llamarán. Supongo que loca y otra cosa cualquiera.

JOA. Cuando usted me permita hablar á mí le diré por qué le he avisado.

FED. Sí, hombre, sí. Desembuche usted á escape. Y empezaré por ponerme serio, que con usted todo sale en procesión y de capa pluvial.

JOA. Será lo mejor. Ahora he tenido una conversación con don Faustino.

FED. ¿Con el diablo, eh?

JOA. (Corrigiéndole.) ¡Con don Faustino! Y se burló uu poco de mí; es viejo, es muy amigo... hizo bien en divertirse á mi costa. Pero los demás no: ¿entiende usted, Federico?

FED. Perfectamente. Que no tolera usted burlas más que al diab... á don Faustino.

JOA. Aunque no lo disimulo, ni tengo por qué, apostaría algo á que usted no se dió cuenta...

FED. ¿Del amor de usted por Gloria...? No soy tan negado: me basta con ver las cosas diez ó doce veces para sospechar en seguida...

JOA. Bien, pues entonces...

FED. (Yendo á él afectuosamente.) Mire usted, Joaquín...

JOA. (Rechazandole.) Sin mirar nada. Me molestan las confianzas que usted se toma, y estoy decidido á terminarlas por mi mano.

FED. (Grave.) Usted sabrá lo que hace.

JOA. Y á no ser que usted prefiera alejarse de esta casa...

FED. No.

JOA. Terminando el asunto con esa amabilidad de usted...

FED. No.

JOA. En ese caso, que yo prefiero, podríamos seguir esta conversación..

FED. En donde usted quiera, cuando usted quiera y como usted quiera.

ESCENA XV

DICHOS; FAUSTINO por la izquierda

JOA. ¿En el Casino?

FED Muy bien.

JOA. Hablaremos de política ó de religión...: usted responderá como le parezca, y con eso basta, porque inmediatamente..

FED. ¿Qué?

JOA. Levantaré el brazo y... (Hace el ademán de pegar, pero se detiene con el brazo levantado, viendo á Faustino que le mira fijamente, inmóvil, y le está diciendo, á flor de labio, de modo que no se oigan las palabras, pero que se vea que las está pronunciando: «Qué noche tan hermosa...»)

FED. ¿Y qué...? (Joaquín sonrie forzosamente.) ¿Y qué, sepámoslo?

JOA. (Bajando los ojos ante la mirada de Faustino, inmóvil y sonriente.) Federico... Reconozco que no tengo autoridad... para impedirle á usted la entrada aquí... ni razón para.. para lo que he dicho.

FED. (Riendo.) Sí, hombre, sí: tuvo usted muchísima razón.

JOA. No, no.

FED Sí, hombre, sí. Y si quiere usted darme un cachete ahora mismo me lo da. No es que lo pida, pero lo admito.

JOA. ¡Federico!...

FED Y si á usted se le antoja no vuelvo á poner los pies aquí en un semestre.

JOA. (Dándole las dos manos.) ¡Federico!

FED Federico, sí. Va usted acertando con mi nombre. Empezó usted la cavatina en un tono tan agudo que no había más remedio que imitarle para no desafinar, pero hablando de este otro modo sepa usted que á mí, Gloria no me importa un comino, que no le hago la corte ni se la hice nunca, y que tengo mis cariñitos apañados por otras direcciones. ¿Basta con esto...?

JOA. (Abrazándole.) ¿Y con esto...?

FED. Y la mujer que á mí me gusta vale cien millones de veces...

JOA. (Serio.) ¡Federico!

FED. Menos que la de usted.

JOA. (Riendo.) Más.

FED. Menos.

JOA. ¡Más!

FAUS. Pongamos que vale por igual.

FED. ¿Estaba usted ahí, don Faustino?

FAUS. Entro ahora.

FED En tan buena compañía, ya le puedo dejar.

FAUS. ¿Pero quedando amigos y de acuerdo?

JOA. ¡Sí, sí!

FED. Ya lo creo. Conmigo, ó admitiendo que yo intervenga, siempre hay paz. ¡Con decirle á usted que yo he reconciliado á dos tiples que se llamaron mutuamente malas cómicas...!

FAUS. ¿Cómo llegó usted á tanto...?

FED. La dificultad consistía en averiguar cuál de las dos era peor, y yo lo resolví á satisfacción de las dos: Una era más mala que la otra, pero la otra llevaba más tiempo de serlo.

FAUS. Es una fórmula equitativa.

FED. Y vuelvo al lado de Aurora, que también la pobre está indecisa: no sabe si escucharme á mí, que la digo desatinos, ó á Lanzadeira, que se los propone. Mientras duda, voy á seguir diciéndoselos...

(Mutis Federico por la izquierda.)

ESCENA XVI

FAUSTINO y JOAQUÍN

FAUS. A ese ya le venciste.

JOA. Humillándome. Y si usted no me llama la atención hubiera yo cometido una torpeza.

FAUS. Si tuviéramos todos quien nos avisara en la hora peligrosa, más llano sería el camino. Anda, ve á donde están los demás...

JOA. No...

FAUS. ¿Escoges la soledad y el aislamiento? Mal hecho. No acercarse á las gentes si no cuando hay que decirlas algo, es ponerlas en guardia y ya te escuchan prevenidas.

JOA. He de hablar con Gloria...

FAUS. Ya aprovecharás otra coyuntura. Anda...

JOA. No...

FAUS. Cuando no se tiene lo que se quiere, se debe querer lo que se tiene. Anda...

JOA. Voy... (Mutis por izquierda.)

FAUS. Y no lleves mal gesto... (Acompañándole, se detiene á la voz de Tula.)

ESCENA XVII

FAUSTINO, TULA, por derecha

TULA Don Faustino... señor don Faustino... ¿le molesto?

FAUS. No, señora.

TULA ¡Qué amable...! Desearía aconsejarme de usted en estas circunstancias, para mí algo críticas. He recibido una declaración...

FAUS. ¿De guerra...?

TULA De amor...

FAUS. Eso, para usted, no puede ser imprevisto.

TULA (Atragantándose de placer.) ¡Gracias...! Y como había tenido ya la imprudencia de confiarme á él, entregándole...

FAUS. Su cariño...

TULA No; fondos.

FAUS. ¡Ah...!

TULA ¿Será correcto seguir ambas negociaciones ó deberé suspender una mientras se resuelve la más urgente?

FAUS. Mejor sería.

TULA ¿Y cual le parece á usted las más urgente... don Faustino?

FAUS. ¡Ay, señora, eso depende de usted misma! ¿Cómo voy á decirla yo la prisa que usted tiene...?

TULA Comprendo, amigo mío, comprendo. ¿En-

tonces lo del dinero podríamos aplazarlo...? ¿Esa es la opinión de usted...?

FAUS. Esa es.

TULA Dispénseme que le consulte, pero he de responder esta noche y aquí no tengo persona á quien acudir.

FAUS. Gloria es muy amiga de usted.

TULA Sí señor, pero las mujeres no sirven para aconsejar á otras mujeres. Decimos lo que pensamos y siempre pensamos algo desagradable de las amigas.

FAUS. También nosotros somos medianos consejeros: muchos hombres confunden el sentido de las palabras y creen que felicidad es lo mismo que placer.

TULA ¡La verdad es que se parecen! Y usted es el único de quien se puede uno fiar. Joaquín es un muchacho excelente, pero el día que encuentre una idea sensata, por caridad se la dejaremos para el mismo. Lanzadeira dice cosas punzantes y que sublevan.

FAUS. Es un cínico. Cínico es el que habla de sí mismo como todos hablamos de los demás.

TULA Y Federico un tarambana, sin fijeza y sin atadero, que es persona igual que ha podido ser un saltamontes, y con idéntico entusiasmo brinca sobre una flor ó sobre una hierba ó sobre una peña. ¡Todo es parecido... en llevando faldas, enamorado!

FAUS. Sí, Federico es tremendo en cuestión de mujeres. Le gustan las rubias y las morenas y las pelinegras; las flacas y las gordas; las altas y las bajas... ¡todas! ¡He oído decir que le gustan hasta las jóvenes...!

TULA ¡Comprendo...! En ellos no había que pensar.

FAUS. En don Reverencias, tampoco, puesto que es el de la hipoteca.

TULA Y el de lo otro...

FAUS. El del amor. Quedo yo, y con mi leal parecer ya sabe usted que cuenta.

TULA ¿Y usted opina...?

FAUS. Que debe usted aceptarle.

TULA Ya lo hice.

FAUS. Por eso lo aconsejo.

TULA Es una persona formal... Claro que ya tiene años...

FAUS. Si no tuviera más que meses, no serviría.

TULA Cierto. Claro que le temo algo á su avaricia...

FAUS. Esa es la riqueza para usted.

TULA Cierto. Claro que es un poco egoísta...

FAUS. Así la apreciará á usted más.

TULA Y de mí, sé que no ha guardado buenas ausencias...

FAUS. Prueba de cariño.

TULA ¿El hablar mal de uno...?

FAUS. Sí, señora. El egoísta verdadero, el legítimo, el que puede presentarse como modelo de egoísmos, no dice que es mala solamente la fruta á que él no puede alcanzar si no que también dice que está verde ó que está pasada la que él alcanza, para que otro no se la coma.

TULA ¿Y usted cree que yo seré su fruta?

FAUS. Con seguridad.

TULA Temo que no me quiera mucho...

FAUS. ¿Por qué? Usted es merecedora de todos los afectos, y contentándose los tendrá usted... No llego hasta jurar que el de ustedes sea un idilio, un éxtasis.. entre otras razones porque la pasión es la obra de arte del amor, y aunque hay muchos enamorados y muchos artistas, las grandes pasiones y las obras de arte son contadísimas.

TULA Yo no pido tanto.

FAUS. Pues pidiendo poco, hallará usted siempre más de lo que pida.

TULA ¿Entonces me caso...?

FAUS. Cásese usted.

TULA ¿Con don Reverencias...?

FAUS. ¿Hay otro ..?

TULA No.

FAUS. Pues con don Reverencias: me parece el mejor de los que usted indica. ¿Vamos...?

TULA Por aquí un momento. No vayan á notarme la emoción.

FAUS. Notarían un encanto más.

TULA ¡Lástima que sea usted casado, don Faustino...!

FAUS. ¡No, eso no! ¿Vamos...?

TULA Sí... (Mutis Tula y Faustino por la galería.)

ESCENA XVIII

GLORIA y JOAQUÍN por izquierda

GLOR. Bueno, pues aquí. ¿Ves cómo no soy arisca y accedo gustosa á estos cinco minutos de charla sin testigos...?

JOA. ¡Eres adorable!

GLOR. Cediendo, lo somos siempre.

JOA. ¿Y antes, por qué los negabas?

GLOR. Por tu culpa. Cuando te acercas con la cara grave, adivino que es algo enojoso lo que vas á decir, y huyo: cuando vienes risueño, me figuro que es agradable lo que piensas, y yo misma entro en curiosidad de oir pronto eso que será agradable.

JOA. Confieso mis torpezas, y sentiría que me juzgaras por ellas.

GLOR. No tengas cuidado por tu reputación de listo: hay algunas tonterías que no las pueden hacer los tontos.

JOA. ¿Me perdonas...?

GLOR. A condición...

JOA. ¡Sí, sí! ¿Me dejas decirte mis alegrías, mis esperanzas, mis ilusiones...?

GLOR. Habla, habla cuanto quieras.

JOA. ¿No temes que diga demasiado...?

GLOR. ¿Por que hables mucho...? No. Las conversaciones entre hombre y mujer no empiezan á tener peligro sino cuando se quedan callados.

JOA. Entre nosotros, ni aun así. Mis propósitos son muy leales y muy honrados.

GLOR. Peor, los honrados son los únicos que caen: los otros ya han caído.

JOA. Apartemos las malicias, que en mi afán inagotables de respetos para ti, si yo pudie-

ra, ni las palabras de otros hombres escucharías.

GLOR. Ay, ¿pero tú crees que las malicias las aprendemos de los hombres? No; de las mujeres. Por regla general, hace más daño una amiga íntima que un amigo cortejador. Lo que ellas dicen, mucho ó poco, siempre es claro: lo que decís vosotros, poco ó mucho, siempre va envuelto en un doble sentido, y para adivinar el alcance de lo que insinúan algunos hombres, es preciso que antes hayamos oído lo que nos dijeron, sin rebozo, algunas mujeres.

JOA. De ellas es más difícil apartaros. Pero dejemos al resto de los mortales para saborear únicamente la felicidad que tengo y la que aguardo.

GLOR. ¿Será afectuoso...?

JOA. ¿Me permites una pequeña demostración...?

GLOR. No. ¿Tendrás celos?

JOA. ¡De nadie! No acercándose á ti...

GLOR. ¿No rabiarás...?

JOA. Nunca. Vamos, casi nunca...

GLOR. Y estos mandamientos se encierran en dos...

JOA. Amar á su mujercita sobre todas las mujeres...

GLOR. ¡No! Sobre todas, no; únicamente.

JOA. Y al prójimo...

GLOR. Dejarlo tranquilo.

JOA. Eso es de buen hacer.

GLOR. Y cumpliendo un programa tan sencillo, tendremos arreglado el problema de la vida y seremos dichosos en el mundo, en ese mundo que empieza en ti y acaba en nosotros dos.

JOA. ¡Ahora á señalar la fecha!

GLOR En Septiembre estamos: para el próximo Septiembre...

JOA. ¡Un año! ¡Tú estás loca!

GLOR. No va á ser un escopetazo.

JOA. Y aunque lo sea: avisando, no asusta á nadie el tiro. Con tres meses hay de sobra.

GLOR. Bien. Si el día de año nuevo no hemos reñido otra vez...

JOA. ¡Nos casamos!
GLOR. No. Ese día se marca la fecha.
JOA. (Incomodado.) ¿Y esperar aún más...? ¡No!
GLOR. Joaquín...
JOA. Eso es burlarte de mí.

ESCENA XIX

DICHOS, TULA y FAUSTINO en la galería

GLOR. Joaquín...
JOA. Y yo no estoy dispuesto á tolerarlo. ¿Señalas definitivameate la fecha?
GLOR No...
JOA. Pues hemos terminado, que veo tu voluntad de tomarme por muñeco de feria, y no lo aguanto.
GLOR. Piénsalo...
JOA. Piénsalo tú también. Que ya es hora de terminar este zarandeo y esta diversión que traes conmigo.
FAUS. (A Tula.) ¡Qué noche tan hermosa!...
JOA. (Sin hacer caso.) Y si te has creído que vas á dominarme, te equivocas de medio á medio, porque soy muy capaz de tomar el tren y largarme de España, y...
FAUS. (Fuerte.) ¡¡Qué noche tan hermosa!! (Suavemente.) ¿Verdad, señora?
TULA Divina... (Gloria les mira, sin moverse del sitio.)
JOA. Y... y...
GLOR ¿Tomas el tren y...
JOA. No. Y...
GLOR. Y...
JOA. Y el día de año nuevo...
GLOR ¿Qué sucede...?
JOA. Señalas tú la fecha, si te parece... (Gloria se ríe. Joaquín riendo, pero aconejado.) Eso es... (Pausa; ríe francamente.)
GLOR. ¿De qué te ríes...?
JOA. De mí.
GLOR. De los dos será mejor. (Ríen los dos.)
FAUS. Se ríen..
TULA ¿De qué...?

FAUS. No sé... (Se ríe.)
TULA ¿Y usted...?
FAUS. Tampoco. (A Tula, que se ríe.) ¿Y usted...?
TULA ¿Yo...? Por contagio, por gana de reir...
FAUS. Eso es: nos reimos de risa. Nada más...
GLOR. Pues si yo mando y tú obedeces, el día de año nuevo será la boda.
JOA. ¿De veras? (Se cogen de las manos y ríen los dos.)
FAUS. El verlos camino de la felicidad á los dos, da mucha satisfacción. Vamos, da mucha risa...
TULA Comprendo, comprendo... (Los dos ríen.)

ESCENA XX

DICHOS; FEDERICO por la izquierda

FED. ¡Don Faustino...! ¡Don Faustino...! (En voz baja y con signos de gran secreto.)
FAUS. ¿Qué pasa?
FED. No sé qué pasa. Aurorita habla con Lanzadeira... ¡¡Y Lanzadeira se ríe... ¡¡¡Chisss!!! (Poniéndose el dedo en los labios para marcar silencio, de puntillas se acerca á la izquierda, invitando á Faustino á que mire.)
FAUS. Otro que lleva rumbo de dichoso...
TULA Comprendo, sí señor...
FAUS. Si la humanidad supiera el don inapreciable que es la risa, más reiría... y de más cosas.
(Riendo todos, insistiendo Federico en llamar á Faustino, Gloria y Federico cogidos de la mano.)

TELON

Obras del mismo autor

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Tercera edición.)

María Victoria.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Por que sí.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español. (Segunda edición.)

La estirpe de Júpiter.

Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.

Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia. (Segunda edición.)

La cizaña.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Tercera edición.)

Lo posible.

Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

En cuarto creciente.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

El ídolo.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

Añoranzas.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La fragua de Vulcano.

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

El mismo amor.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo.

Comedia en dos actos y en prosa. (Refundición.)

Nido de águilas.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara. (Segunda edición.)

Santos e Meigas *(Idilio campesino).*

Zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los mestros Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

Cuando ellas quieren...

Comedia en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Salón Regio.

Cuando ellas quieren...

Comedia lírica en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Cómico.

Las buenas intenciones.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el Coliseo Imperial.

Lo que engaña la verdad.

Paso de comedia en prosa, estrenado en el Teatro Español.

El Caballero Lobo.

Fábula en tres jornadas y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La viuda alegre.

Comedia lírica en tres actos, música de Franz Lehár, estrenada en el teatro Price.

La magia de la vida.

Comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Ruperto Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

La fuente amarga.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa.

Clavito.

Paso de comedia en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Salón Nacional.

El buen demonio.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

Precio: 1,50 pesetas